

EL DAÑO

(*Por Guillermo Saccomanno*) —Ella se llama —empieza el Bebe—. Pero no te voy a decir cómo se llama porque no corresponde —y después el Bebe se corta—. Ni siquiera las iniciales. Porque pueden ser una pista. Y ella está por casarse. Una mañana el pibe se va a despertar. Y no se verá ni los huesitos. En fin, sarna con gusto no pica.

Esta madrugada el Bebe, el portero nocturno del hotel La Tonina Blanca, no puede controlar la inquietud. Da vueltas detrás del mostrador de la conserjería. Prende un cigarrillo tras otro. Y se sirve un vaso de té frío tras otro. Y cuando se mueve, parece dejar atrás también a otro, réplica de sí mismo. Pero yo no soy más yo, ha dicho. Uno deja su adicción y se descubre, ha dicho. Y entonces ahí está el otro. Y cuando vos te metés en el otro, entonces uno de los dos se muere. De pena, ha dicho. Porque el otro es más aburrido de lo que uno se imagina. Desde que el Bebe se pasó de la ginebra al *earl grey*, se acostumbró a que sus emociones fueran en ralentti. Hasta que llegó esa chica, ha dicho. La pasajera que ocupó la 59 por una semana. El Bebe atribuye a cada habitación un hexagrama del I Ching. Y el 59 es en el libro la dispersión, la disolución, viento sobre agua, ha dicho el Bebe. Unicamente el tipo que esté libre de mezquindades puede vencer el egoísmo, ha dicho.

—Esos ojos, esos labios, el pelo corto. Flaca, melancólica, cogote Modigliani —recuerda el Bebe—. Y después, si querés que entre en detalle, sus modos, la forma que tiene de entrar y salir de la realidad. Entra y sale de tu campo de visión. Y el campo no te queda igual. Queda el pasto quemado. Tierra arrasada. Donde no volverá a crecer ni un yuyo. Vos sabés que esas chicas existen. Y cuando se te cruzan en la vida más vale que te acostumbres a la idea de desastre como condición permanente. *Me vine a la Villa a pensar*, me dijo. Pensar, creo que le dije. Pero desde el segundo en que la vi yo no podía pensar absolutamente en nada. *Tengo que pensar, pensar, pensar. Tengo mucho que pensar*, me dijo. *No sé lo que quiero, pero sé lo que no me banco.* Ella es callada, más bien distante, pero conmigo se puso en tren de confesión. *Es por la madrugada*, me dijo. *Y por el estilo Tom Waits que curtís*, me dijo. *Los dañados nos reconocemos como los gatos. Los dañados somos gente peligrosa*, me dijo. *Soy una sobreviviente*, me dijo. *Padres exiliados. Separados al volver. Papá se suicidó. Mamá hizo un brote. Después fue a la India. Y ahora milita en una secta.* Ella iba poco a la playa. Pasaba la mayor parte del día en su cuarto. Bajaba al anochecer, tipo vampiro. Y enfilaba hacia la playa. *Lo gracioso es que los dañados no sólo sobrevivimos a quienes nos perjudican sino también a quienes quieren ayudarnos. Y nuestra presencia en sus vidas se percibe aunque no estemos con ellos.* Tuve la impresión de que ella no me hablaba a mí. Mantenía una discusión personal con ella misma. *Y ese pibe dice que me va a hacer bien la convivencia, tener un "proyecto". El matrimonio como terapia alternativa. Nadie ayuda a nadie. Y menos en tres ambientes en Belgrano. La losa radiante congela todo, Bebe.* Y una madrugada de ojeras me encaró: *Acompañame a la playa, Bebe.* Arponeado como estaba, qué le iba a decir. "La herida ya era lo suficientemente atroz", dice Melville de un cachalote. *Vamos a armar un buen porro*, me dijo. Le aclaré que yo sólo negros. Y por primera vez en mil y una noches largué mi puesto de observación en la conserjería. Las olas eran rayas de espuma en la negrura. Nos instalamos bajo la lona de una carpa. *Pienso, pienso y pienso*, me dijo. Le vi el perfil cuando prendió el cricket. Chupó el porro. *No digas nada*, me dijo. Yo no iba a decir nada. *Por qué, por qué, por qué*, me dijo. Y se refugió en mis brazos. Busqué sus labios. Y nos besamos. Tenía, tiene, la lengua finita. Deslicé una mano bajo su pulóver. Le acaricié las tetas duras, tibias. *Vos también*, me dijo. Y se apartó. Con bronca y lágrimas se apartó. *Todos machos pija*, dijo. *Lo único que les importa es ponerla*, me dijo. Y se fue tropezando en la arena, médano arriba. Se tomó el Río de la Plata de la mañana temprano. Y yo me quedé para el carajo. No quería hacerle daño, te juro.

Muchos de los que piensan que Eduardo Mendoza es el mejor escritor español contemporáneo piensan también que "La isla inaudita" es un libro fallido. Muchos de los que piensan que Eduardo Mendoza es el mejor escritor español contemporáneo no vacilan en afirmar que "La isla inaudita" —perfecto homenaje a Mann que traslada situaciones de "La montaña mágica" a la mortal Venecia— es su mejor libro. Para probarlo siempre se remiten a los capítulos X y XI que aquí presentamos.

EL SANTO

Por Eduardo Mendoza

Anduvieron un trecho a campo traviesa hasta desembocar nuevamente en el camino, por el que descendieron, siempre en dirección a poniente, hasta alcanzar la orilla del agua. En aquella parte la costa se allanaba formando una playa estrecha de guijarros oscuros. En uno de los extremos de esta playa se alzaba una formación rocosa sobre la cual se veía el armazón de una antena de radio en desuso, en cuyo vértice, sin embargo, seguía encendiéndose y apagándose con regularidad una luz roja que prevenía al tráfico aéreo de la presencia de la antena. Al pie del promontorio rocoso, sobre la playa, había una caseta de madera maltrecha y sin puerta.

—Sentémonos aquí —dijo ella señalando un lugar cualquiera en la playa. Fábregas se quitó la americana, la dobló y la colocó sobre las piedras. Todo esto lo hizo con tanta rapidez, habilidad y discreción que María Clara se encontró sentada sobre la americana de él inadvertidamente. En definitiva aquel gesto acabó pareciendo un truco de prestidigitación antes que un acto de galantería. Fábregas se sentó directamente sobre los guijarros, rodeó con los brazos las piernas encogidas y apoyó el mentón en las rodillas. Esta actitud tenía algo de antiguo. Así estuvo un buen rato, callado y mirando fijamente el agua. Comprendía que había cometido con ella una incorrección grave y que le debía una disculpa, pero no sabía qué decir. La acusación de escepticismo que ella le había lanzado por despacho, al azar y sin fundamento, le había causado un impacto inesperado. Efectivamente, siempre había sido un escéptico, no sólo en materia de religión, sino en todos los sentidos, pensó. En su fuero interno estaba convencido de que todo el mundo pensaba como él, incluso quienes profesaban explícitamente una creencia o una doctrina de cualquier tipo, y la experiencia no había hecho más que ratificarlo en su opinión. Ahora, sin embargo, llegado a aquellas alturas de su vida, la acusación que ella le lanzaba sin conocimiento de causa parecía encontrar eco en su propio desasosiego. Quizá lo que me ocurre es que nunca he tenido un ideal, pensó. Una ráfaga de aire frío lo sacó de su abstracción. Le pareció oír a lo lejos el retumbar de un trueno y al levantar la mirada del suelo vio que el agua se había vuelto del color del plomo. Presa de un temor irracional miró a María Clara con una expresión que la sobresaltó.

—¿Qué le ocurre? —dijo ella.

El recobró la calma al oír su voz.

—Perdone si la he asustado —dijo—. Anoche tuve una pesadilla y en este mismo instante he creído revivirla.

El cielo se había encapotado y se aproximaba el fragor de la tormenta. Fábregas sintió un escalofrío y ella, al advertirlo, se levantó y le devolvió la americana.

—Póngasela —dijo—, no sea imprudente.

—Deberíamos regresar sin perder un minuto —dijo él—, pero no veo de qué forma.

—No la ve porque es usted un hombre sin fe —dijo ella—. Mire.

Fábregas miró hacia donde ella señalaba y vio aparecer entre las rocas del promontorio la misma barca que unas horas antes los había llevado al islote.

—Vamos, vamos, usted había quedado con el barquero en que nos recogiera a esta hora y ha hecho coincidir la conversación con su llegada para sorprenderme —dijo.

—No, no, ¿cómo podía saber yo el instante preciso en que aparecería la barca? —replicó ella en tono jocoso.

Fábregas no supo qué responder a esto y volvió a sus cavilaciones, de las que lo sacó la voz áspera del barquero, quien, después de atracar, los apremiaba.

—Entonces, ¿vamos a tener tormenta? —preguntó Fábregas cuando María Clara y él se hubieron acomodado en la barca.

—Eso parece —dijo el viejo lobo de mar—, aunque con el tiempo, nunca se sabe.

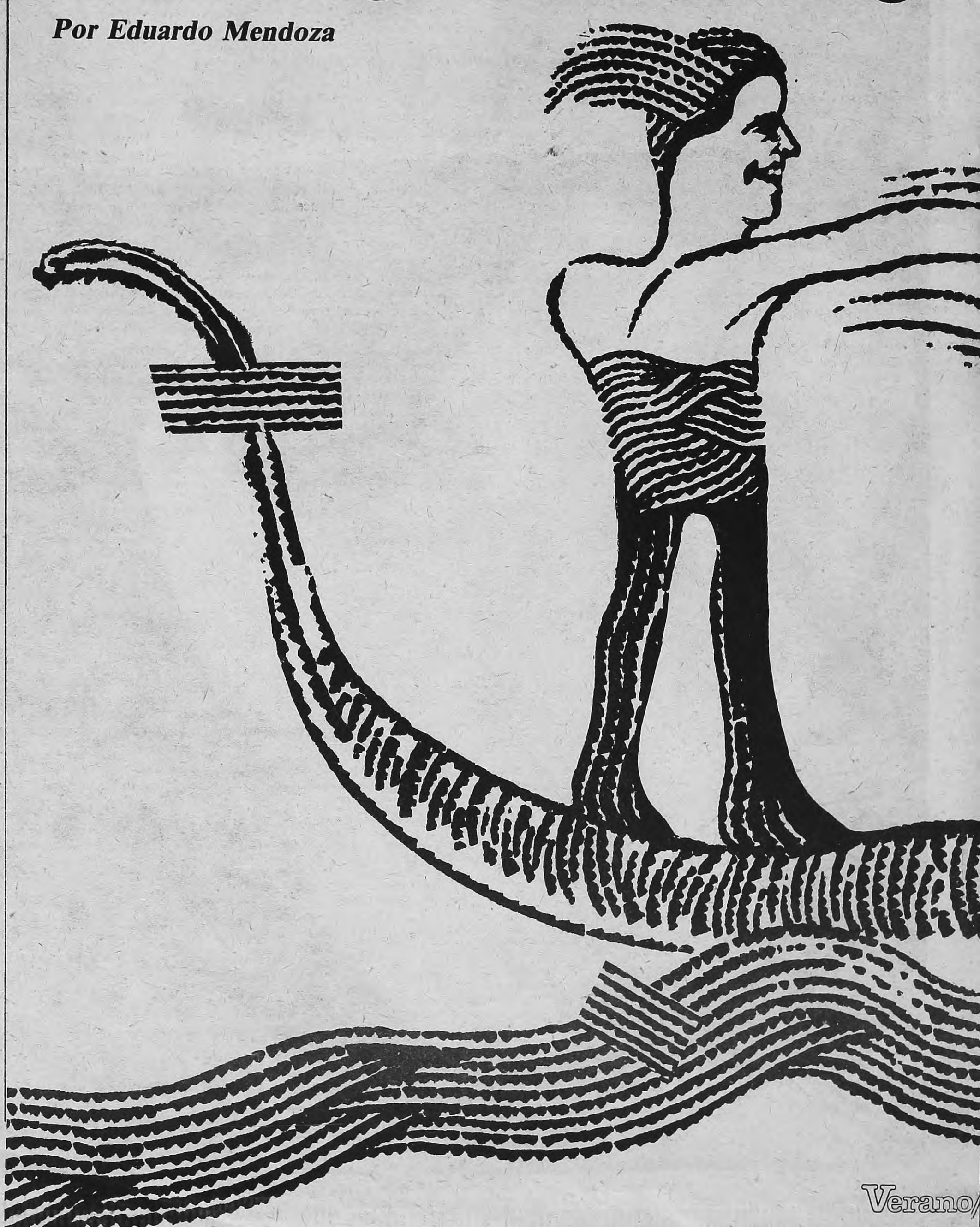
—Yo pensaba que los lobos de mar siempre sabían estas cosas —dijo Fábregas.

—Los lobos de mar, puede que sí —respondió el viejo lobo de mar—, pero yo sólo soy un marinero de agua dulce que se gana la vida paseando turistas.

Apestaba a vino, pero se había vuelto muy locuaz. Puso proa a Venecia y aceleró el motor hasta el límite de su potencia. La tormenta los perseguía: el cielo se había vuelto negro y el agua empezaba a encresparse.

—Tampoco sabía que hubiera tormentas en la laguna —dijo Fábregas.

—Pues las hay, y bien fuertes —dijo el viejo lobo de mar. Y añadió acto seguido—: Precisamente se cuenta una leyenda que viene muy a cuenta y que la señorita ya debe de conocer, pero que a usted, que es forastero, le gustará. Mire, dice así: una noche, hace cientos de años, se desencadenó en la laguna una tormenta tan terrible que todos creían que Venecia entera iba a desaparecer bajo las aguas. Nadie se atrevía a salir de su casa, salvo un pobre pescador, que luchaba desesperadamente por poner su barca a salvo del oleaje. De pronto se acercó al pobre pescador un individuo y le dijo: Oye, tú, desata la barca y llévame a donde te diré. Un embozo impedía ver su rostro, pero su mirada no admitía réplica. El pobre pescador lo ayudó a subir a bordo, desamarró la barca y se puso a remar en medio del temporal. El embozado le indicó por señas que se dirigiera a la isla de San Jorge, donde otro individuo, igualmente embozado, subió a la barca y ordenó al pobre pescador que se dirigiera a San Nicolás, en el Lido. Allí embar-



Muchos de los que piensan que Eduardo Mendoza es el mejor escritor español contemporáneo piensan también que "La isla inaudita" es un libro fallido. Muchos de los que piensan que Eduardo Mendoza es el mejor escritor español contemporáneo no vacilan en afirmar que "La isla inaudita" —perfecto homenaje a Mann que traslada situaciones de "La montaña mágica" a la mortal Venecia— es su mejor libro. Para probarlo siempre se remiten a los capítulos X y XI que aquí presentamos.

EL SANTO AMOR

Por Eduardo Mendoza



Anduvieron un trecho a campo traviesa hasta desembocar nuevamente en el camino, por el que descendieron, siempre en dirección a poniente, hasta alcanzar la orilla del agua. En aquella parte la costa se allanaba formando una playa estrecha de guijarros oscuros. En uno de los extremos de esta playa se alzaba una formación rocosa sobre la cual se veía el armazón de una antena de radio en desuso, en cuyo vértice, sin embargo, seguía encendiéndose y apagándose con regularidad una luz roja que prevenía al tráfico aéreo de la presencia de la antena. Al pie del promontorio rocoso, sobre la playa, había una caseta de madera maltrecha y sin puerta.

—Sentémonos aquí —dijo ella señalando un lugar cualquiera en la playa. Fábregas se quitó la americana, la dobló y la colocó sobre las piedras. Todo esto lo hizo con tanta rapidez, habilidad y discreción que María Clara se encontró sentada sobre la americana de él inadvertidamente. En definitiva aquel gesto acabó pareciendo un truco de prestidigitación antes que un acto de galantería. Fábregas se sentó directamente sobre los guijarros, rodeó con los brazos las piernas encogidas y apoyó el mentón en las rodillas. Esta actitud tenía algo de antiguo. Así estuvo un buen rato, callado y mirando fijamente el agua. Comprendía que había cometido con ella una incorrección grave y que le debía una disculpa, pero no sabía qué decir. La acusación de escepticismo que ella le había lanzado por despacho, al azar y sin fundamento, le había causado un impacto inesperado. Efectivamente, siempre había sido un escéptico, no sólo en materia de religión, sino en todos los sentidos, pensó. En su fuero interno estaba convencido de que todo el mundo pensaba como él, incluso quienes profesaban explícitamente una creencia o una doctrina de cualquier tipo, y la experiencia no había hecho más que ratificarlo en su opinión. Ahora, sin embargo, llegado a aquellas alturas de su vida, la acusación que ella le lanzaba sin conocimiento de causa parecía encontrar eco en su propio desasosiego. Quizá lo que me ocurre es que nunca he tenido un ideal, pensó. Una ráfaga de aire frío lo sacó de su abstracción. Le pareció oír a lo lejos el retumbar de un trueno y al levantar la mirada del suelo vio que el agua se había vuelto del color del plomo. Presa de un temor irracional miró a María Clara con una expresión que la sobresaltó.

—¿Qué le ocurre? —dijo ella.

El recobró la calma al oír su voz.

—Perdone si la he asustado —dijo—. Anoche tuve una pesadilla y en este mismo instante he creído revivirla.

El cielo se había encapotado y se aproximaba el fragor de la tormenta. Fábregas sintió un escalofrío y ella, al advertirlo, se levantó y le devolvió la americana.

—Póngasela —dijo—, no sea imprudente.

—Deberíamos regresar sin perder un minuto —dijo él—, pero no veo de qué forma.

—No la ve porque es usted un hombre sin fe —dijo ella—. Mire.

Fábregas miró hacia donde ella señalaba y vio aparecer entre las rocas del promontorio la misma barca que unas horas antes los había llevado al islote.

—Vamos, vamos, usted había quedado con el barquero en que nos recogiera a esta hora y ha hecho coincidir la conversación con su llegada para sorprenderme —dijo.

—No, no, ¿cómo podía saber yo el instante preciso en que aparecería la barca? —replicó ella en tono jocoso.

Fábregas no supo qué responder a esto y volvió a sus cavilaciones, de las que lo sacó la voz áspera del barquero, quien, después de atracar, los apremiaba.

—Entonces, ¿vamos a tener tormenta? —preguntó Fábregas cuando María Clara y él se hubieron acomodado en la barca.

—Eso parece —dijo el viejo lobo de mar—, aunque con el tiempo, nunca se sabe.

—Yo pensaba que los lobos de mar siempre sabían estas cosas —dijo Fábregas.

—Los lobos de mar, puede que sí —respondió el viejo lobo de mar—, pero yo sólo soy un marinero de agua dulce que se gana la vida paseando turistas.

Apestaba a vino, pero se había vuelto muy locuaz. Puso proa a Venecia y aceleró el motor hasta el límite de su potencia. La tormenta los perseguía: el cielo se había vuelto negro y el agua empezaba a encresparse.

—Tampoco sabía que hubiera tormentas en la laguna —dijo Fábregas.

—Pues las hay, y bien fuertes —dijo el viejo lobo de mar. Y añadió acto seguido—: Precisamente se cuenta una leyenda que viene muy a cuenta y que la señorita ya debe de conocer, pero que a usted, que es forastero, le gustará. Mire, dice así: una noche, hace cientos de años, se desencadenó en la laguna una tormenta tan terrible que todos creían que Venecia entera iba a desaparecer bajo las aguas. Nadie se atrevía a salir de su casa, salvo un pobre pescador, que luchaba desesperadamente por poner su barca a salvo del oleaje. De pronto se acercó al pobre pescador un individuo y le dijo: Oye, tú, desata la barca y llévame a donde te diré. Un embozo impedía ver su rostro, pero su mirada no admitía réplica. El pobre pescador lo ayudó a subir a bordo, desamarró la barca y se puso a remar en medio del temporal. El embozado le indicó por señas que se dirigiera a la isla de San Jorge, donde otro individuo, igualmente embozado, subió a la barca y ordenó al pobre pescador que se dirigiera a San Nicolás, en el Lido. Allí embarcó un tercer embozado que, a su vez, ordenó al pobre pescador que los llevara a la boca de la laguna, precisamente donde las aguas estaban más embravecidas. El pobre pescador se santiguó y murmuró para sus adentros: Hágase la voluntad de Dios, pero bien sabe El que yo habría preferido morir en seco. Desde allí y a la luz de los relámpagos que se sucedían sin interrupción, vieron una galera fondeada frente a la boca de la laguna. Esta galera iba cargada de demonios y eran estos demonios en realidad quienes provocaban aquella tempestad funesta. Entonces los tres embozados abrieron sus capas y revelaron su auténtica identidad: eran San Marcos, San Jorge y San Nicolás, los tres patrones de Venecia. Al reconocerlos, los demonios prorrumpieron en denuestos y blasfemias; con las manos y los pies les hacían gestos procaces y amenazadores, les mostraban desenfadadamente las partes pudendas y les arrojaban inmundicias hasta que finalmente San Jorge desenvainó su espada y les gritó: ¿Qué pasa, demonios? Estos al punto callaron. Entonces San Nicolás trazó en el aire la señal de la cruz con el báculo y el mar se puso en calma. Y San Marcos, levantando la cara hacia las nubes, emitió su pavoroso regüeldo de león. Se disolvieron las nubes y se esfumó la galera y su cargamento. Luego el pobre barquero devolvió a cada santo al lugar en que lo había recogido. Al despedirse de él, San Marcos le dio su anillo de oro para que se lo entregara de su parte al Dux. Aún hoy pueden ustedes ver en la basílica el anillo del santo y una pintura antigua que conmemora este milagro.

Cuando el viejo lobo de mar concluyó el relato, que sufrió numerosas interrupciones debido a los incidentes de la navegación, ya estaban llegando a la orilla de los Schiavoni. Una luz zodiacal iluminaba la ciudad que se extendía ante sus ojos.

—Me parece que nos hemos librado del remojón —dijo Fábregas.

Delante del palacio ducal había una multitud que contemplaba el animado tráfico de embarcaciones. Entre aquella multitud Fábregas distinguió de repente el trío misterioso que la víspera le había hecho pasar un mal rato. Sin saber por qué, agarró a María Clara fuertemente del brazo y le señaló la multitud.

—Mire, mire, ¿no ve a tres tipos estrafalarios? —dijo con vehemencia.

—Ojalá sólo hubiera tres tipos estrafalarios en Venecia —respondió ella.

—Ah, es que éstos son particularmente inquietantes —exclamó Fábregas—. Bah, ya no se ven, ¡qué lástima! Me habría gustado mostrárselos.

Aquella noche lo despertó la lluvia en dos o tres ocasiones. Entonces se levantaba, abría la ventana y pasaba el rato acodado en el alféizar. La tormenta había cesado y la lluvia caía mansamente en el canal.

A la mañana siguiente la esperó en el hall del hotel. Se habían separado apresuradamente, acuciados por los primeros goterones de la tormenta, sin haber concertado ninguna cita, pero Fábregas estaba convencido de que ella acudiría a buscarlo como efectivamente hizo con la mayor naturalidad, como si lo hubiera establecido así la costumbre. Aquel día y los días siguientes, sin embargo, no se aventuraron a ir muy lejos por causa de la inestabilidad atmosférica. El tiempo había vuelto a ser variable y era raro el día en que no llovía un rato. Cuando no llovía, el cielo seguía nubloso y turbio. Sólo a veces escampaba y salía el sol por un período breve; entonces se producía un cambio sorprendente. En estas ocasiones todo contribuía a dar a la ciudad un aspecto primaveral: los tiestos floridos en las ventanas, la hiedra que cubría los muros, los árboles cuyas copas asomaban por las tapias de los jardines escondidos, incluso los puestos de frutas y verduras que se instalaban en las plazas. En estas ocasiones Fábregas experimentaba una alegría rayana en la demencia. El resto del tiempo estaba absorto y encandilado. Ya no le irritaba el clima desapacible. Había dejado de protestar enteramente: ahora se dejaba conducir de buen grado y sin hacer preguntas a donde ella hubiera decidido llevarlo con anterioridad. Ni siquiera las aglomeraciones lo molestaban: era paciente si tenían que hacer cola y a veces parecía sentirse a gusto en medio de aquella muchedumbres. Aunque nunca había sentido la menor inclinación hacia el arte, allí donde éste era exhibido guardaba un silencio respetuoso y ponía interés en percibir lo que pudieran tener de conmovedor o de grandioso aquellas pinturas o aquellas estatuas de fama universal. Este empeño, sin embargo, casi nunca daba los frutos deseados, porque le costaba poner atención en todo lo que no fuera ella. Sólo por ella lamentaba ahora no tener una opinión formada respecto del arte y la cultura. Por más que se devanaba los sesos no conseguía que se le ocurriera nada que diera pie a un comentario: entonces temía que su seriedad y su mutismo hicieran de él un acompañante aburrido en extremo. Pero contra esta limitación, que venía de antiguo, él no podía luchar. En sus años formativos nadie se había ocupado de educar su sensibilidad ni él había hecho nada para suplir por su cuenta aquella carencia. Había pasado distraídamente por el colegio y la universidad, sin que nada despertara su curiosidad, echando al olvido lo que iba a aprendiendo a medida que los resultados de los exámenes lo iban liberando de la necesidad de recordar algún dato. El resto de su formación lo debía casi por entero a su padre, quien, sin ocuparse de ello explícitamente en ningún momento, había ido construyéndole un modelo de conducta con su propio ejemplo. La vida de su padre había transcurrido en una actividad continua: cuando no lo absorbía el trabajo, se entretenía jugando con sus hijos, practicando algún deporte, viajando, asistiendo a espectáculos y frecuentando la sociedad, a solas o con su mujer. Desde que se despertaba hasta que se iba a dormir no parecía dedicar un solo minuto a la reflexión. En la vejez gozó de una serenidad sin fisuras: hablaba de su pasado muy raramente, sin poner en ello ningún énfasis y sin sombra de melancolía; a lo sumo, con una leve condescendencia hacia las insensateces que decía haber cometido, como, según él, hacían inexorablemente los seres humanos a lo largo de sus vidas. Oyéndolo hablar así cabía pensar que la suya había sido una sarta de anécdotas deslavazadas. No parecía haberle ocurrido nunca nada trágico ni doloroso. La guerra, en la que se había visto forzado a participar tardíamente y en el bando perdedor, sin que de ello se hubieran seguido consecuencias negativas para él, había servido únicamente para poner a prueba su picardía a la hora de complementar el rancho menguado del cuartel al que había sido destinado. Los negocios y la familia sólo le habían proporcionado satisfacciones y parecía guardar un recuerdo afectuoso y divertido de las personas allegadas cuya compañía le había ido arrebatando el paso inexorable de los años. Sólo los achaques de la vejez, que lo habían postrado en un sillón y condenado a una inmovilidad casi absoluta, habían puesto de manifiesto en él una faceta sensiblera que nadie le había conocido hasta entonces: ahora se le anegaban los ojos de lágrimas por cualquier insignificancia. Finalmente la muerte lo había sorprendido en forma inesperada una noche mientras veía a solas la televisión. Tampoco en aquel trance parecía haber experimentado angustia ni dolor: sus facciones inexpresivas y su mirada vidriosa no diferían de las que habitualmente adoptaba en el desempeño de aquella actividad. Fábregas estaba satisfecho de haber heredado o adquirido por reflejo aquella forma de ser, que podía tomarse fácilmente por sabiduría o por imbecilidad, pero que no tenía nada de la una ni de la otra. Ahora, sin embargo, se sentía anodino, superfluo y vulgar. Habría querido causar en ella una fuerte impresión y no sabía cómo. Notaba que los días transcurrían plácidamente, sin que el paso de cada uno de ellos les hiciera vivir el siguiente con más intensidad, y de esto se culpaba exclusivamente a sí mismo. Por más que rechazaba este pensamiento, sabía que aquella relación fortuita no se sustentaba en nada y que tarde o temprano el curso natural de las cosas le pondría fin, si antes no se transformaba en algo distinto, y nada hacía ver que tal cosa fuera a producirse de inmediato: todo se había convertido en hábito para ellos. Ahora ya nunca hablaban de sí mismos ni debatían cuestiones importantes en sus conversaciones; ahora se limitaban a comentar las incidencias mínimas del paseo que acababan de dar, confrontaban gustos o debatían nimiedades. Sin embargo y con la salvedad de algún momento aislado de reserva o preocupación, Fábregas no lamentaba que su relación con ella hubiera ido adquiriendo naturalmente aquella apariencia insustancial, porque temía que si tomaba un sesgo distinto, las circunstancias personales de cada uno de ellos se conjugarían para imponer su ruina. A él le bastaba con lo que había para ser feliz: las horas del día se le iban sin sentir en compañía de ella; luego, a solas, tendido en la cama del hotel, hacía inventario de todo lo que habían hecho y dicho juntos y nada le parecía prosaico ni desdeñable. A veces en el curso de esta operación lo vencía el cansancio y descabezaba un sueño breve del que invariablemente se despertaba apremiado por el temor de haber omitido del repaso un detalle trivial que, analizado ahora, pudiera revelar un gran secreto. Esta ansiedad, sin embargo, sólo lo acosaba cuando dejaba de verla. Con ella se sentía ligero de ánimo y sin zozobra; todo le hacía reír. A veces, sin que nada pareciera motivarlo, se ponía a perorar con volubilidad sobre cualquier tema, trayendo a cuento los argumentos más irrelevantes y sin que nada ni nadie pudiera hacerlo callar. En realidad hablaba de este modo para evitar que se produjera un silencio definitivo, del que ya sólo podría sacarlo la confesión de una gran verdad. Si ahora callo, pensaba en estas ocasiones, sólo podré volver a hablar para decirle que la adoro.

---

có un tercer embozado que, a su vez, ordenó al pobre pescador que los llevara a la boca de la laguna, precisamente donde las aguas estaban más embravecidas. El pobre pescador se santiguó y murmuró para sus adentros: Hágase la voluntad de Dios, pero bien sabe El que yo habría preferido morir en seco. Desde allí y a la luz de los relámpagos que se sucedían sin interrupción, vieron una galera fondeada frente a la boca de la laguna. Esta galera iba cargada de demonios y eran estos demonios en realidad quienes provocaban aquella tempestad funesta. Entonces los tres embozados abrieron sus capas y revelaron su auténtica identidad: eran San Marcos, San Jorge y San Nicolás, los tres patrones de Venecia. Al reconocerlos, los demonios prorrumpieron en denuestos y blasfemias; con las manos y los pies les hacían gestos procaces y amenazadores, les mostraban desenfadadamente las partes pudendas y les arrojaban inmundicias hasta que finalmente San Jorge desenvainó su espada y les gritó: ¿Qué pasa, demonios? Estos al punto callaron. Entonces San Nicolás trazó en el aire la señal de la cruz con el báculo y el mar se puso en calma. Y San Marcos, levantando la cara hacia las nubes, emitió su pavoroso regüeldo de león. Se disolvieron las nubes y se esfumó la galera y su cargamento. Luego el pobre barquero devolvió a cada santo al lugar en que lo había recogido. Al despedirse de él, San Marcos le dio su anillo de oro para que se lo entregara de su parte al Dux. Aún hoy pueden ustedes ver en la basílica el anillo del santo y una pintura antigua que conmemora este milagro.

Cuando el viejo lobo de mar concluyó el relato, que sufrió numerosas interrupciones debido a los incidentes de la navegación, ya estaban llegando a la orilla de los Schiavoni. Una luz zodiacal iluminaba la ciudad que se extendía ante sus ojos.

—Me parece que nos hemos librado del remojón —dijo Fábregas.

Delante del palacio ducal había una multitud que contemplaba el animado tráfico de embarcaciones. Entre aquella multitud Fábregas distinguió de repente el trío misterioso que la víspera le había hecho pasar un mal rato. Sin saber por qué, agarró a María Clara fuertemente del brazo y le señaló la multitud.

—Mire, mire, ¿no ve a tres tipos estrafalarios? —dijo con vehemencia.

—Ojalá sólo hubiera tres tipos estrafalarios en Venecia —respondió ella.

—Ah, es que éstos son particularmente inquietantes —exclamó Fábregas—. Bah, ya no se ven, ¡qué lástima! Me habría gustado mostrárselos.

Aquella noche lo despertó la lluvia en dos o tres ocasiones. Entonces se levantaba, abría la ventana y pasaba el rato acodado en el alféizar. La tormenta había cesado y la lluvia caía mansamente en el canal.

AMOR

A la mañana siguiente la esperó en el hall del hotel. Se habían separado apresuradamente, acuciados por los primeros goterones de la tormenta, sin haber concertado ninguna cita, pero Fábregas estaba convencido de que ella acudiría a buscarlo como efectivamente hizo con la mayor naturalidad, como si lo hubiera establecido así la costumbre. Aquel día y los días siguientes, sin embargo, no se aventuraron a ir muy lejos por causa de la inestabilidad atmosférica. El tiempo había vuelto a ser variable y era raro el día en que no llovía un rato. Cuando no llovía, el cielo seguía nubloso y turbio. Sólo a veces escampaba y salía el sol por un período breve; entonces se producía un cambio sorprendente. En estas ocasiones todo contribuía a dar a la ciudad un aspecto primaveral: los tiestos floridos en las ventanas, la hiedra que cubría los muros, los árboles cuyas copas asomaban por las tapias de los jardines escondidos, incluso los puestos de frutas y verduras que se instalaban en las plazas. En estas ocasiones Fábregas experimentaba una alegría rayana en la demencia. El resto del tiempo estaba absorto y encandilado. Ya no le irritaba el clima desapacible. Había dejado de protestar enteramente: ahora se dejaba conducir de buen grado y sin hacer preguntas a donde ella hubiera decidido llevarlo con anterioridad. Ni siquiera las aglomeraciones lo molestaban: era paciente si tenían que hacer cola y a veces parecía sentirse a gusto en medio de aquella muchedumbres. Aunque nunca había sentido la menor inclinación hacia el arte, allí donde éste era exhibido guardaba un silencio respetuoso y ponía interés en percibir lo que pudieran tener de conmovedor o de grandioso aquellas pinturas o aquellas estatuas de fama universal. Este empeño, sin embargo, casi nunca daba los frutos deseados, porque le costaba poner atención en todo lo que no fuera ella. Sólo por ella lamentaba ahora no tener una opinión formada respecto del arte y la cultura. Por más que se devanaba los sesos no conseguía que se le ocurriera nada que diera pie a un comentario: entonces temía que su seriedad y su mutismo hicieran de él un acompañante aburrido en extremo. Pero contra esta limitación, que venía de antiguo, él no podía luchar. En sus años formativos nadie se había ocupado de educar su sensibilidad ni él había hecho nada para suplir por su cuenta aquella carencia. Había pasado distraídamente por el colegio y la universidad, sin que nada despertara su curiosidad, echando al olvido lo que iba a aprendiendo a medida que los resultados de los exámenes lo iban liberando de la necesidad de recordar algún dato. El resto de su formación lo debía casi por entero a su padre, quien, sin ocuparse de ello explícitamente en ningún momento, había ido construyéndole un modelo de conducta con su propio ejemplo. La vida de su padre había transcurrido en una actividad continua: cuando no lo absorbía el trabajo, se entretenía jugando con sus hijos, practicando algún deporte, viajando, asistiendo a espectáculos y frecuentando la sociedad, a solas o con su mujer. Desde que se despertaba hasta que se iba a dormir no parecía dedicar un solo minuto a la reflexión. En la vejez gozó de una serenidad sin fisuras: hablaba de su pasado muy raramente, sin poner en ello ningún énfasis y sin sombra de melancolía; a lo sumo, con una leve condescendencia hacia las insensateces que decía haber cometido, como, según él, hacían inexorablemente los seres humanos a lo largo de sus vidas. Oyéndolo hablar así cabía pensar que la suya había sido una sarta de anécdotas deslavazadas. No parecía haberle ocurrido nunca nada trágico ni doloroso. La guerra, en la que se había visto forzado a participar tardíamente y en el bando perdedor, sin que de ello se hubieran seguido consecuencias negativas para él, había servido únicamente para poner a prueba su picardía a la hora de complementar el rancho menguado del cuartel al que había sido destinado. Los negocios y la familia sólo le habían proporcionado satisfacciones y parecía guardar un recuerdo afectuoso y divertido de las personas allegadas cuya compañía le había ido arrebatando el paso inexorable de los años. Sólo los achaques de la vejez, que lo habían postrado en un sillón y condenado a una inmovilidad casi absoluta, habían puesto de manifiesto en él una faceta sensiblera que nadie le había conocido hasta entonces: ahora se le anegaban los ojos de lágrimas por cualquier insignificancia. Finalmente la muerte lo había sorprendido en forma inesperada una noche mientras veía a solas la televisión. Tampoco en aquel trance parecía haber experimentado angustia ni dolor: sus facciones inexpresivas y su mirada vidriosa no diferían de las que habitualmente adoptaba en el desempeño de aquella actividad. Fábregas estaba satisfecho de haber heredado o adquirido por reflejo aquella forma de ser, que podía tomarse fácilmente por sabiduría o por imbecilidad, pero que no tenía nada de la una ni de la otra. Ahora, sin embargo, se sentía anodino, superfluo y vulgar. Habría querido causar en ella una fuerte impresión y no sabía cómo. Notaba que los días transcurrían plácidamente, sin que el paso de cada uno de ellos les hiciera vivir el siguiente con más intensidad, y de esto se culpaba exclusivamente a sí mismo. Por más que rechazaba este pensamiento, sabía que aquella relación fortuita no se sustentaba en nada y que tarde o temprano el curso natural de las cosas le pondría fin, si antes no se transformaba en algo distinto, y nada hacía ver que tal cosa fuera a producirse de inmediato: todo se había convertido en hábito para ellos. Ahora ya nunca hablaban de sí mismos ni debatían cuestiones importantes en sus conversaciones; ahora se limitaban a comentar las incidencias mínimas del paseo que acababan de dar, confrontaban gustos o debatían nimiedades. Sin embargo y con la salvedad de algún momento aislado de reserva o preocupación, Fábregas no lamentaba que su relación con ella hubiera ido adquiriendo naturalmente aquella apariencia insustancial, porque temía que si tomaba un sesgo distinto, las circunstancias personales de cada uno de ellos se conjugarían para imponer su ruina. A él le bastaba con lo que había para ser feliz: las horas del día se le iban sin sentir en compañía de ella; luego, a solas, tendido en la cama del hotel, hacía inventario de todo lo que habían hecho y dicho juntos y nada le parecía prosaico ni desdeñable. A veces en el curso de esta operación lo vencía el cansancio y descabezaba un sueño breve del que invariablemente se despertaba apremiado por el temor de haber omitido del repaso un detalle trivial que, analizado ahora, pudiera revelar un gran secreto. Esta ansiedad, sin embargo, sólo lo acosaba cuando dejaba de verla. Con ella se sentía ligero de ánimo y sin zozobra; todo le hacía reír. A veces, sin que nada pareciera motivarlo, se ponía a perorar con volubilidad sobre cualquier tema, trayendo a cuento los argumentos más irrelevantes y sin que nada ni nadie pudiera hacerlo callar. En realidad hablaba de este modo para evitar que se produjera un silencio definitivo, del que ya sólo podría sacarlo la confesión de una gran verdad. Si ahora callo, pensaba en estas ocasiones, sólo podré volver a hablar para decirle que la adoro.

POMINI

Se reproduce por gentileza de Seix Barral.

Juegos

Prefijaciones

PREFIJO +	DEFINICION =	CONCEPTO =	SOLUCION
SEPARACION	CONDIMENTO	DEBAJO	
	CAJA DE MADERA	ZUECO	
	FALLAR	EQUIVOCARSE	
	IMPRECAR	RENEGAR	
	NIVELAR	QUEMAR	
	IMPLORAR	ABOLIR	
	EMPLEAR	EXCEDERSE	
	AMARRE	DERRIBA	

► Averigüe LA SEPARACION que, unida a la definición, significará el concepto, que a la vez será la solución.

PREFIJACIONES: Abajo. Abarca. Aberrar. Abjurar. Abrasar. Abrogar. Abusar. Abate.

¿Cómo se transmite el virus del SIDA?

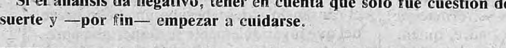
La abstinencia es un viaje de ida; con cuidado vas donde quieras.



El HIV puede transmitirse por las vías sanguínea, sexual y de la madre al hijo.

Es decir que puede contagiar:

- Tener relaciones sin usar preservativo (incluso sexo oral).
- Recibir sangre no controlada.
- Ser inyectado con aguja o jeringa no esterilizadas.
- Ser dializado con filtros usados por otro.
- Compartir agujas o jeringas.
- Compartir punzones de tatuaje.
- Contactar herida con herida.
- Compartir cepillos de dientes, alicates u otros elementos que puedan provocar sangrado.
- La madre infectada al dar a luz, o al amamantar.



Ante cualquier duda, ir al médico, charlarlo con la familia y amigos.

Si el análisis da negativo, tener en cuenta que sólo fue cuestión de suerte y —por fin— empezar a cuidarse.